

sexuales, impone la existencia de la prostitución. Claro que en Inglaterra hay un gran sector social, la clase obrera y una parte de la clase media, que apenas hace uso de la prostitución. Y esto no es porque sean más humanos, ni siquiera más higiénicos, sino porque entre ellos existe menos hipocrecía, o sea, menos sexualidad contenida. Las mujeres y los hombres de su clase hablan y actúan con completa franqueza, sin trabas sociales. Se unen cuando lo apetecen y, si su unión resulta bien, la legalizan. Frente a este sector proletario está la enorme masa puritana, llena de hipocrecías, favorable al capitalismo, que sostiene la prostitución.

La labor de la policía inglesa.—Las numerosas sociedades protectoras de muchachas y la Policía de ambos sexos, hacen mucho por evitar el tráfico de prostitutas. Las mujeres policías, sobre todo, hacen una labor magnífica. Cada una se encarga de vigilar un sector de un barrio, y cuando aparece por las calles una muchacha nueva, la vigilan, se enteran de cómo y dónde vive y trabaja y no la pierden de vista un momento. Si ven que a la muchacha se acercan elementos que pudieran ser peligrosos, en seguida la llaman y le explican la situación. Igualmente si la muchacha se queda sin trabajo y sin dinero, la mujer policía la facilita la entrada en cualquier institución protectora de muchachas, donde la recogen mientras encuentra trabajo. Hay que tener en cuenta que en Inglaterra, la mujer es responsable y libre desde los dieciocho años y que, por lo tanto, Londres está lleno de muchachas de provincias que van a la capital en busca de trabajo. A éstas es, sobre todo, a las que la Policía vigila para evitar que caigan en la prostitución. Porque aunque la prostitución está prohibida, hay muchas y muy diversas maneras de disfrazarlas. Para que un policía tenga derecho a acusar de prostiuta y detener a una mujer, tiene que probar, con testigos, que esta mujer ha solicitado a los hombres públicamente y que, después, ha recibido dinero. Lo cual es, generalmente, muy difícil de probar. Por esto, la labor de la Policía es, especialmente, la de proteger a las muchachas. En esto, Inglaterra nos lleva una gran ventaja.

La perversión de las clases altas.—En cambio, Inglaterra es precisamente uno de los países donde mejores negocios hacen los agentes de la trata de blancas. Esto ocurre en las altas esferas sociales. En su libro *Historia de una vida terrible*⁽¹⁾ Basilio Tozer narra cómo los agentes de la trata de blancas logran seducir a jovencitas de la aristocracia y de la alta burguesía para vendérselas a sus clientes. Un agente de este tráfico, por ejemplo, que puede ser alguna duquesa conocida, se pone de acuerdo con determinado caballero capitalista sobre el precio que pagaría por la

(1) *Historia de una vida Terrible*, por Basilio Tozer.—Central de Ediciones y Publicaciones, Luchana, 20, Madrid.

La balada de los piratas

—Envío del autor—

*Rey de las libertades soberbias, caballero
Audaz, sobre los potros indomables del mar;
todas las aventuras de tu barco velero,
repiten en sus curvas, el brinco familiar*

*de mis ciervos esquivos, de mis hurañas cabras,
de mis Robin-out-law, de mi nuevo camino,
por donde nadie pasa. Lejos de las palabras,
en Brujas, a la sombra del silencio divino,*

*oigo bien el rumor de tu canción marina:
¡Co-lón! ¡Sim-bad! ¡Co-lón! ¡Sim-bad! ¡Co-lón!
¡Sim-bad!*

*¡ón! ¡ad! y por debajo, profunda, se adivina,
detrás de siete planos de voz, la eternidad.*

*Mandan tan mal los hombres, que trajés de
obediencia,*

*quiso, para vestirse, la voluntad de Dios;
y sólo fué Victoria Victoriosa, la ciencia
muda del Obediente Corderito sin voz.*

*Cristianos o piratas. Lo demás, tontería
incolora d'hermanos lobos civilizados
y máscaras y pitos y tambores del día
y en el bazar del mundo, por gruesas, los pecados.*

*Por cada mil cristianos, hay uno de verdad;
los otros, de mentira, cuando baja el telón,
se desvisten de Cristo. Son los piratas: ¡chád!...
la submarina glosa de los extremos... ¡bón!...*

A. H. Pallaís (Presbo.)

En Brujas de Flandes, a los 31 días
del mes de agosto de 1931.

señorita de Tal que él apetece, inmediatamente, la duquesa se dedica a captarse las simpatías de la muchacha, invitándola y agasajándola. Después la presenta al caballero y ya no para hasta que la convierte en amante de éste. La falsa educación que la muchacha ha recibido la impide acusar, referir a sus padres lo ocurrido. Sabe muy bien que la arrojarían de su casa, llenándola de injurias y, por esto prefiere resignarse y aceptar su suerte. Así empieza y así sigue rodando después.

Como esto ocurre en las clases dirigentes del país, para satisfacción de sus miembros, es natural que no se pongan los medios necesarios para evitarlo.

Los efectos de la guerra.—En los países que tomaron parte en la guerra, la labor de dichos agentes es, sin duda, bastante difícil. La sangre, la miseria, el hambre y frío de aquellos años acabaron rápidamente con los falsos prejuicios y pudores de la burguesía. Por un trozo de carne, por un poco de mantequilla, se entregaba la mujer más pura y más digna. Los carniceros eran, entonces, los verdaderos donjuanes de las ciudades. Ya no se distinguía entre prostitutas profesionales y prostitutas improvisadas por la necesidad. La única moral que existía era la de no morir de hambre. Así ocurrió, sobre todo, en Alemania. Max Kühnert, en *El Frente Femenino* (Ediciones Hoy) da una clara idea del derrumbamiento de la moral burguesa, precipitado por la miseria de la guerra.

Ahora, después de una docena de años, la vida se ha equilibrado bastante. Pero aquel

“pudor”, aquella “pureza” de las mujeres puede decirse que han desaparecido para siempre.

El caso de España.—En España, en cambio, la hipocrecía de la falsa moral y, consecuentemente, la prostitución, subsisten con toda su fuerza. Y seguirán subsistiendo mientras dure el régimen capitalista y clerical.

No es posible que la mujer pueda reaccionar contra las leyes y costumbres de sus antepasados mientras su educación esté en manos de las monjas y la dirección de su vida en manos del confesor. Ni las monjas ni los curas, seres anormales, pueden comprender espiritual ni materialmente a las mujeres. Logran, desde luego, dominarlas, pero a fuerza de amenazarles con el infierno. De esta manera consiguen hacer de las mujeres seres crueles, completamente ilógicos, que lloran cuando se les muere un pajarito, pero que se sonríen, llenas de venganza satisfecha, cuando se enteran de que unos señoritos—señoritos que ellas gustosamente aceptarían como maridos—se dedican por las noches a llamar prostitutas y a arrojarlas del “auto” en plena marcha. Se sonríen, sin detenerse a pensar en lo que sufrirán las muchachas, sin ocurrírseles que, quizá, esas “mujeres malas” acudieron al “auto” solamente por cenar aquella noche. Se sonríen, no como mujeres, como seres humanos, sino como máquinas bien engrasadas de la sociedad capitalista. Mientras en España exista ese tipo de mujer “decente”, que prefiere morir a dar la mano a una prostituta, pero que no le importa mucho que su novio o su hijo tenga relaciones íntimas con ella, porque, según el código burgués, eso es “natural”, no podrá desaparecer la prostitución de España. Seguirá existiendo legal o ilegalmente.

Entre los bellos cuentos de Alejandra Kollontay, hay uno magnífico—*Hermanas*; se publicó en el número 20 de *Nosotros*—, en el que una mujer abraza y socorre a la prostituta que su marido borracho ha llevado a casa⁽¹⁾. Cuando la mujer española logre ese grado de humanidad, de verdadera civilización, entonces, creo yo, podrá trabajarse por que desaparezca el horrible oficio de la prostitución.

Cuando la mujer sea un ser humano, libre e independiente, cuando no se sonroje de ser mujer, de enamorarse, de amar, de acuerdo con su naturaleza; cuando el problema sexual no sea problema porque lo tratarán hombres y mujeres con entera franqueza, sin secretos, sin picardías, sin tratar de engañarse mutuamente; cuando el Estado proteja y cuide a las mujeres embarazadas y a los niños, a todos los niños, legales e ilegales, como a verdaderos tesoros, entonces desaparecerán las “mujeres de la vida”, desaparecerá la “trata de blancas” y se corregirá la perversión sexual.

Irene de Falcón

(1) En esta entrega sale el cuento de la Kollontay.